

miedo le causara en el Níger, y que lanzaba ruidosamente negra y espesa humareda, corría á su encuentro; al estar cerca lanzó unos agudísimos silbidos y se paró. El negrilla se asombró sin duda, pero esta vez no tuvo miedo, pues comprendió que se trataba de algún invento de los blancos. En efecto, el monstruo no era más que la locomotora del camino de hierro en construcción que debe ir desde *Kayes* sobre el Senegal, cerca de *Medina*, hasta *Bafulabé*, para prolongarse algún día quizás hasta *Tom-buctú* y tal vez ¿quién sabe? hasta la misma Argel.

Zimbo no se hizo de rogar para sentarse en un coche. Al verse arrastrado á todo vapor, su deleite se manifestó con tan ruidosas carcajadas, que Miguel no pudo menos de hacer lo mismo.

#### XX. — EN EL RÍO SENEGAL.

En *Kayes* fué donde los dos amigos se separaron del capitán que con tanta bondad los había tratado. Éste no los dejó hasta instalarlos á bordo del barco de vapor que hace el servicio entre dicho punto y San Luis y recomendarlos mucho al comandante. Tampoco se olvidó de dar á Miguel una carta, que debía servirle para que lo acogieran muy bien en San Luis y lo embarcasen pronto para Francia.

Hétenos, pues, á nuestros amigos Senegal abajo; ya las orillas escarpadas del río no permiten que la vista se extienda, ya al contrario las márgenes bajan y la mirada puede contemplar los campos cultivados, sondar las profundidades misteriosas de los bosques de *acacias vereks*, ó bien vagar por las sabanas desiertas en que retozan bandadas de gacelas y de aves-truces. Á veces hay espacios considerables que presentan desolador aspecto: es que el bosque ha sido devastado por un *tornado*, especie de *tromba* muy

frecuente en el Senegal, y que sólo deja ruinas detrás de sí en los sitios por donde pasa.

**Tromba.** — Torbellino de viento de extraordinaria violencia, que causa desastres considerables. No hay nada que le resista: arranca los árboles, derriba las casas, coge los barcos sobre las olas y los deposita tierra adentro, rompiéndolos contra las rocas. También se las llama *tornados*, *ciclones* y *tifones*.

Zimbo estaba encantado de esta manera de viajar, tan nueva y agradable para él; el argelino participaba de su entusiasmo. Al ver disminuir por momentos la distancia que le separaba de Francia, sentía llenársele de alegría el corazón. En ese estado de ánimo pasaron delante de los fuertes que dominan todo el curso del Senegal, desde el de *Medina* hasta el mar. El negrilla saludaba cada vez la bandera tricolor con una de sus ruidosísimas manifestaciones; pero ya Miguel no se ofendía por esto.

Cuando el barco se acercaba mucho á la orilla, se solía distinguir un centinela que se paseaba sobre un parapeto ó que montaba la guardia delante de alguna puerta. Casi todos ellos eran negros, de la tribu de los *Uolofs*, de donde salen en general, las guarniciones de aquellos fuertes. Estos morenos tienen vivo sentimiento del honor, y jamás abandonan en el peligro á los blancos.

Cuando Miguel llegó á San Luis hacía año y medio que había salido de *Biskra*.

#### XXI. — SAN LUIS DEL SENEGAL.

Una vez en San Luis, Miguel se apresuró á presentar la carta que le entregara el capitán *Rambert*, y que iba dirigida á un elevado funcionario de la administración.

El Sr. *D'Aubrée* la leyó y se informó de las circunstancias que habían llevado al niño argelino á la



capital del Senegal. Miguel las relató sucintamente, y el funcionario le dijo :

— El capitán me ruega que te facilite medios para volver á Francia.

— Sí señor ; á mí y á Zimbo.

— En efecto, contestó el otro moviendo la cabeza; también me habla de tu amigo, pero la cosa es difícil. Tú sí porque eres uno de nuestros compatriotas ; ¿ pero qué razón tendría yo para expedir también á éste?

Miguel miró al funcionario con aire consternado.

— Además ¿ para qué mandarlo á Francia, donde no sabrá qué hacer? Mejor será dejarlo ; aquí podrá ganarse la vida y no estará tampoco expuesto á las consecuencias del clima europeo.

— Pero ni él querrá separarse de mí, contestó Miguel... ni yo...

Entonces, volviéndose hacia Zimbo, le preguntó :

— ¿ Quieres quedarte en el Senegal con los negros como tú ó ir á Francia?

— Todo lo mismo para Zimbo ; Zimbo querer estar con Miguel.

— Ya lo ve V., caballero, añadió Miguel ; no quiere separarse de mí y yo no puedo abandonarlo : es mi amigo.

— Bien, hijo mío, dijo el funcionario después de recurrir inútilmente á toda una serie de objeciones para decidir á Miguel á cambiar de idea, voy á darte una carta para un negociante de *Gorea*. Tal vez encontrará un barco que consienta en tomaros. Lo único que puedo hacer por ustedes es darles un billete de camino de hierro hasta *Dakar*, cerca de *Gorea* ; allí es donde están las oficinas de ese negociante, el Sr. Dulaure.

El Sr. D'Aubrée les mandó dar de almorzar, les

entregó los billetes y la carta y los despidió deseándoles buena suerte.

Miguel y Zimbo atravesaron San Luis para llegar á la estación del camino de hierro.

San Luis está edificado en una isla del río, y comunica con la tierra firme por medio de dos largos puentes. Una ancha banda de arenas movedizas, que llaman *lengua de Berbería*, separa la ciudad del océano. Esta banda se divide en dos partes, entre las cuales hay un *paso* que permite atravesarla ; pero ese boquete cambia de sitio todos los años ; además, no siempre tiene suficiente profundidad para los navíos *de mucho calado*, esto es para los grandes barcos que penetran mucho en el agua y que necesitan en consecuencia bastante profundidad. Á menudo, cuando está el mar malo, se ve toda una flota que espera durante semanas en alta mar un momento favorable para entrar en San Luis ; y en el puerto á que el boquete tenga anchura suficiente para permitir la salida. Este grave inconveniente se ha querido remediar construyendo un camino de hierro hasta *Dakar*, punto mucho mejor situado. Esta población, fundada recientemente, se encuentra en el *Cabo verde*, y casi toca á *Gorea*, la segunda capital del Senegal.

#### XXII. — LLEGADA Á DAKAR. — EL SR. DULAURE.

Los viajeros atravesaron el *Cayor*, una de las partes más fértiles del Senegal, y al cabo de pocas horas habían recorrido los noventa ó cien kilómetros que separan San Luis de Dakar.

Miguel dió sin dificultad con las oficinas del Sr. Dulaure. Éste era un *armador* (negociante que equipa á su costa un navío) y todo el mundo lo conocía en la población. El joven hizo llegar á sus manos la



carta del Sr. D'Aubrée, y no tardó en presentarse un negro alto, vestido con una especie de hopa flotante, de algodón con grandes flores impresas, en que se envolvía con aire que él se imaginaba majestuoso y que sólo era ridículo, y los llevó al despacho del negociante.

Era éste un hombre de cuarenta años próximamente, de color quemado por el sol, y de aire franco, abierto y resuelto. La expresión de su rostro así como su sonrisa indicaban bondad, y Miguel se sintió en seguida inclinado en su favor.

Leyó la carta y dijo :

— Eres tú, amiguito, quien desea ir á Francia.

— Sí señor ; yo y Zimbo.

— ¿ Ese negrillo?

— Sí señor.

— ¿ Y por causa suya te has negado á aceptar el ofrecimiento del Sr. D'Aubrée?

— ¡ Qué quiere V. !

— ¿ Acaso no tienes deseos de volver á Francia?

— Al contrario, muchísimos, replicó Miguel con sincero acento, mientras se llenaban de lágrimas sus ojos; pero no puedo abandonar á Zimbo, que es mi amigo.

— Y tú no eres de los que abandonan á sus amigos... Sea enhorabuena. Pues bien, veamos qué puedo yo hacer.

— No lo sé, caballero; el Sr. D'Aubrée nos dijo que tal vez V. podría admitirnos en un barco.

— Los llevaría en el mío; pero el caso es que no pienso volver en seguida á Francia, ni con mucho. Deseo visitar la *Costa del marfil* y la de los *esclavos*, ó en otros términos, *la de Guinea*, bajar al *Cabo* después de pararme algún tiempo en el *Congo*, y subir por el *istmo de Suez*, dando la vuelta al África. Ya ves que tengo para unos meses.

— No importa, contestó Miguel; nada me da tardar más ó menos con tal de estar seguro de volver á mi país.

Pero no se atrevió á añadir : — Además, tiene V. tal cara de bondad, que me alegraría de permanecer con V. algún tiempo; » sin embargo, el Sr. Dulaure debió leer en sus ojos algo de lo que pasaba en su alma, pues respondió sonriendo :

— Si es así....

— Podríamos trabajar en las maniobras, agregó Miguel.

— Eso sería demasiado para Vds, replicó riéndose el negociante; pero veamos, puesto que tan buena voluntad muestras, tal vez podrías prestarme otros servicios. ¿ Sabés por casualidad alguna lengua extranjera?

— Sí señor; sé el alemán, pues mis padres eran alsacianos, y también el inglés. Además conozco algo el español, el italiano y el árabe, pues en Argelia se hablan todas estas lenguas.

— ¿ Y escribes en ellas?

— El alemán y el inglés sí señor; las otras no muy bien.

— ¿ Tienes por ventura el don de lenguas?

— Creo que sí, contestó sencillamente Miguel; siempre me lo han dicho así. Cuando era chiquitito, aprendía en seguida la lengua de las personas con quienes andaba y en la escuela me daban constantemente los primeros premios de inglés y de alemán. Parece que esta cualidad la he heredado de mi padre.

— Pues bien, hijo mío, siendo así vamos á arreglarnos. En cuanto á mí, no sé ni una palabra de inglés ó de alemán, porque en otra época se descuidaba demasiado en Francia el estudio de las lenguas extranjeras, y cuando se quiere hacer negocios con



las colonias son absolutamente necesarias. Tengo, en consecuencia, que valerme de un intérprete; el que tenía se ha puesto enfermo y me veo obligado á dejarlo aquí. Tropezaba para reemplazarlo con la dificultad de encontrar un mozo capaz y honrado, cuando llegas tú... Capaz, ¡hum! añadió riendo, pues eres muy joven; pero honrado sí y esto es lo esencial.

XXIII. — Á BORDO DE LA « BELLA BORDELESA » — LA COSTA DE GUINEA.

Algunos días después desaparecía á lo lejos el Cabo Verde, llamado así por el color que le dan los enormes baobabs que lo cubren. Sentado con gran seriedad en una pequeña garita que servía de despacho al Sr. Dulaure cuando navegaba, en el entrepuente de la *Bella Bordelesa*, nombre del buque, Miguel copiaba una cuenta y convertía los marcos y pfennigs alemanes en moneda francesa.

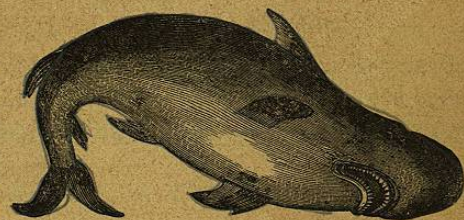
Como hacía tanto tiempo que no cogía una pluma en la mano, necesitó algunos días para que sus dedos recobrasen la flexibilidad y destreza acostumbradas.

La tarea de que estaba encargado exigía pocos conocimientos especiales, y sólo reclamaba atención y cuidado. Miguel deseaba demasiado tener contento al negociante que tan bien lo acogiera y esto le ayudó á salir airoso en su empeño.

La *Bella Bordelesa* había salido á la alta mar y corría hacia el sur, dejando detrás de sí la desembocadura del *Gambia*, con sus establecimientos ingleses y su población de negros *mandingos*, que pasan por los más inteligentes de su raza. Aproximóse, sin entrar, á las bocas del *Casamancio*, donde tiene Francia algunas factorías y á las de otros muchos ríos que, como el *Senegal* y el *Gambia*, bajan de las

montañas del *Futa-Djallón*. Las orillas de esas aguas desaparecían bajo un bosque de *paletuvios* y de *mangles* que, unidos á los bejucos y á los cañaverales gigantescos, formaban un matorral inextricable, en que abundaban los monstruos de todas clases, *caimanes*, *serpientes*, *tiburones*, que hacen sumamente peligroso el acceso de esos ríos.

**Tiburón.** — Enorme pez, terror de los navegantes; á veces mide diez metros de largo; recorre todos los mares. Es muy voraz y se le ha denominado *tigre del mar*. La abertura de su boca suele tener hasta un metro sesenta centímetros entre las dos mandíbulas, que están armadas de seis hileras de dientes de forma triangular. Su piel es muy dura y se utiliza en la industria.



Tiburón.

El tiburón anda generalmente en compañía del *piloto*, pez pequeño llamado así porque durante mucho tiempo se creyó que guiaba al monstruo; pero no hay tal. El origen de esta fábula es que ambos se mantienen cerca de los navíos para aprovechar sus restos.

Á los cinco días de haber salido de Gorea, pasaban delante de *Freetown*, nombre que significa *ciudad libre*, y después delante de *Monrovia*, capital de la República de *Liberia*.

Estas dos colonias, una inglesa y americana la otra, fueron fundadas para establecer en ellas negros libres ó manumitidos y para trabajar en su civilización.

El Sr. Dulaure debía parar en Monrovia para embarcar allí, según es costumbre, una tripulación de *Krímenes*, negros de la costa, que reemplazan la ordinaria, pues los marinos europeos no pueden soportar las fatigas de las maniobras en las costas de *Guinea*, porque á medida que se acercan al ecuador



va haciéndose más fuerte y debilitante el calor.

Al ver acercarse un buque europeo, salieron de la orilla y se dirigieron á fuerza de remo hacia la *Bella Bordelesa* multitud de piraguas, hechas con troncos de diversos árboles, unas grandes, otras pequeñas, y tripuladas todas por unos quince ó diez y ocho hombres.

El mar estaba muy malo y batía con violencia los escollos que forman como una barra á lo largo de la costa. Daba gusto ver con qué valentía y habilidad gobernaban los *krímenes* por entre los arrecifes. Sus ligeras embarcaciones, que parecían tan poco seguras como una cáscara de nuez, bailaban en la cresta de las otras, apareciendo y ocultándose sin cesar.

Una alcanzó al fin la *Bella Bordelesa*. Los diez hombres que la tripulaban subieron á cubierta con agilidad de monos por medio de un cable que les arrojaron. Después hicieron lo mismo con la piragua y la tripulación negra se encargó de las maniobras en vez de la blanca.

Como el barco estaba entonces cerca de tierra, Miguel pudo ver las magníficas plantaciones de café que se extienden hasta perderse de vista y que forman una de las principales riquezas de Liberia.

— Nace sólo en este país privilegiado, decía el Sr. Dulaure. Si se cae al suelo un grano, no tarda en brotar un arbusto que da cosechas abundantes. Por desgracia, los blancos no pueden vivir aquí arriba de dos ó tres años sin ser atacados de fiebres palúdicas, y hasta añadiré que la mayor parte de las factorías de la Guinea no son visitadas por los negociantes sino cinco meses del año, durante la estación más cálida, más seca y menos peligrosa para la salud. En las restantes reina perpetua humedad y

durante parte del día la costa permanece envuelta en neblinas muy mal sanas.

La gran fertilidad de la región se debe en parte á esa circunstancia. Aquí son notables los bosques por su extensión y su belleza; en ellos se encuentran la *palma de coco*, el *pandano*, el *drago*, la *higuera elástica*, el *camwood* ó palo morado, que se importa en Europa para ser empleado en tintorería; el *árbol de la lluvia*, cuyas ramas recogen el agua de la noche para verterla por la mañana como rocío. Las *piñas* y los *mangos* prodigan aquí sus frutos de carne perfumada y exquisita; el *euforbio* forma matas en cuyo centro se alza el *cirio espinoso* á manera de columna cubierta de púas; pero el vegetal que domina y, sobre todo, el que tiene mayor importancia en lo relativo al comercio es el *eleide*, que suministra el *aceite de palma*.



Eleide.

**Higuera elástica.** — Árbol que deja manar de las incisiones practicadas en su tronco el jugo lechoso llamado *caucho* ó *gomá elástica*. Hay otros árboles que producen también *caucho*.

**Drago.** — Árbol de África del cual se extrae una resina usada en medicina.

**Eleide.** — Especie de palmera que se eleva hasta la altura de diez metros y cuyas hojas son enormes. Sus numerosos frutos contienen una carne espesa y oleaginosa de donde se extrae por presión la materia grasa llamada *aceite de palma*. Este aceite se inflama fácilmente y da hermosa luz, por lo cual se le emplea para el alumbrado, la fabricación de velas y jabón y aun para la cocina. Se exporta en gran cantidad á Inglaterra.

Toda la costa hace considerable comercio de este aceite, circunstancia á que debe su nombre de *cabo de las palmas* el que forma la extremidad sudoeste de Guinea.

**Cocotero.** — La palma de coco es muy útil para los habitantes de los países donde se cría. Llega á tener veinticinco y treinta metros



de alta; sus hojas, que miden cuatro ó cinco, forman en la copa del árbol un penacho. El fruto tiene el tamaño de la cabeza de un niño y contiene dentro de una cáscara dura, que á su vez está resguardada por una envoltura filamentososa, un líquido llamado *leche de coco*, exquisito si está fresco, y una almendra, que tapiza



Pandano. — Cocotero.

la parte interior de la cáscara. Las diversas partes del cocotero se emplean como las de las restantes palmeras, en multitud de usos; también se extrae de él, según se hace de las palmeras ordinarias, *vino de palma*; además la envoltura filamentososa suministra excelente cordelería. La almendra es un buen alimento, aunque algo indigesto. De ella se saca el *aceite de coco*, usado en la cocina y el alumbrado.

Las hojas del pandano tienen las mismas aplicaciones que las de la palma de coco.

— En esos bosques, dijo Miguel al Sr. Dulaure que le daba las anteriores explicaciones, debe haber muchas bestias feroces.

— Sí; hasta se encuentran en ellos la *serpiente pitón*, una de las mayores que existen; pero también hay animales más inofensivos; por entre

las hojas de los árboles circulan multitud de aves de variados colores, que parecen doradas flechas; entre ellos mencionaré el *tucán*, cuyo plumaje parece de terciopelo negro y de raso amarillo, y que ostenta un pico enorme de forma singular. En otra época los elefantes abundaban, viéndoseles en la misma orilla del mar, á lo cual se debe que los marinos dieran á esta parte del litoral los nombres de *Costa del marfil* y *Costa de los dientes*; pero los grandes paquidermos se han refugiado tierra adentro para escapar á la destrucción.

El *marfil* ha sido siempre objeto de comercio considerable. Lo suministran los colmillos del *elefante* y del *hipopótamo*, y también los de la *morsa* y del *narval*, animales anfíbios parecidos á las focas.

Los elefantes de África tienen los colmillos mucho más largos que los de la India; á veces alcanzan tres metros de largo; pero el marfil de los últimos, y principalmente el de Ceilán, es más hermoso, más blanco y estimado. Se le denomina *marfil verde* por causa de su transparencia.

Esta sustancia se emplea en multitud de objetos: mangos de cuchillo, bolas de billar, rosarios, anillos para servilletas, pequeños objetos torneados y esculpidos. Dieppe es la población de Francia donde más próspera es esta industria.

Se llama *negro de marfil* un cuerpo de aquel color, aterciopelado, que se usa en pintura y que es el carbón de hueso ó de marfil, calcinado en un recipiente cerrado.

**Serpientes.** — Las serpientes pertenecen al orden de los reptiles. Forman dos grandes clases: las *venenosas* y las *no venenosas*.

Todos estos animales, sean ó no venenosos, son *carnívoros*, es decir, se alimentan con carne. Los más temibles entre los *no venenosos*, son la *serpiente boa* y la *pitón*, que llegan á medir diez y doce metros. El *boa* vive en América del sur, y la *pitón* en el África central y la austral. Atacan á las gacelas, las cabras y los antílopes. Cuando se han apoderado de su presa, la ahogan, la aplastan entre sus roscas y luego se la tragan entera. El trabajo de la digestión es tan largo y penoso en esos animales que mientras dura permanecen como aletargados; entonces es cuando se les puede dar muerte.

En todas las partes del mundo existen serpientes venenosas. Las principales son la *víbora* y el *áspid*, que se encuentran en Europa; la *serpiente de cascabel* ó *naja* y la *cobra capello*, que habitan la India, las islas de la Sonda y la Australia; el *crotalo* ó *serpiente de cascabel* de América y la *serpiente amarilla* de las Antillas.

Los desdichados á quienes pica una serpiente de cascabel ó de anteojos, sucumben en pocos minutos.

La de cascabel se llama así por las escamas que tiene en la punta de la cola y cuyo ruido anuncia su aproximación.



Cabeza de serpiente, con los garfios que contienen el veneno.



Víbora.

#### XXIV. — LA ESCLAVITUD.

— ¿Y de dónde procede, preguntó Miguel, el nombre de *Costa de los esclavos* que mi geografía da á esta parte de Guinea?

— De que aquí es donde se efectuaba principalmente la *trata de los negros*, el comercio de los



esclavos, del *ébano*, de las *piezas de la India*, según se decía en aquella época. Tú no has conocido ese tráfico vergonzoso para la humanidad, que consistía en comprar negros de África, como se compran ganado ó bestias de carga, para revenderlos en América á los plantadores, esto es, á los propietarios blancos que hacían cultivar sus tierras por esclavos. Los amos tenían sobre sus esclavos derecho de vida y muerte. Ese comercio ha durado cuatro siglos, desde que á mediados del xv se establecieron en las costas de Guinea los portugueses, hasta mediados del presente. Los que más lo practicaron fueron los españoles, los portugueses y los ingleses; todas las plantaciones de café y de caña de azúcar inglesas y españolas en América eran cultivadas por negros. Los mayores encargados de vigilar á los esclavos solían ser duros y crueles, é imponían á éstos trabajos muy duros, casi siempre superiores á sus fuerzas y les infligían tratamientos inhumanos, como los golpes y los latigazos, si no los llevaban pronto á cabo.

Toda la costa africana, desde el Senegal hasta el sur de *Angola*, allende el río Congo, región que pertenecía á los portugueses, se convirtió en inmenso mercado de esclavos. El centro de este continente está poblado por multitud de tribus que viven en guerra constante unas contra otras; las victoriosas hacían prisioneros á los vencidos y los vendían á los blancos, que los llevaban á un puerto de mar para embarcarlos.

Atábanlos unos á otros con cadenas para que no pudieran escaparse y así les hacían atravesar distancias á menudo enormes.

— Y ¿los embarcaban por fuerza?

— Sí, pues los capitanes negreros (nombre que daban á los de los buques consagrados á este género

de transporte) se cuidaban tan poco de los sentimientos de aquellos infelices como de los del buey ó del caballo que se compra en la feria. Así es que los aglomeraban en los navíos sin más idea que la de llevar el mayor número posible de ellos, y muchos morían en el camino por efecto de la miseria ó de los malos tratos. Á veces se mataban ellos mismos al verse esclavos. Pues bien, ese comercio era tan lucrativo que los que lo ejercían realizaban fortunas colosales.

— ¡Cuánta crueldad! Por fortuna la esclavitud no existe ya en ninguna parte.

— Sí, todavía la hay en África y en Oriente. El último país de raza europea que la ha abolido ha sido el Brasil. En 1890 se ha reunido una conferencia internacional en Bruselas para buscar los medios de acabar con esta institución en África, y el cardenal Lavigerie ha emprendido en este punto una verdadera cruzada.

— ¿De modo, añadió Miguel, que los negros no cultivan ya los establecimientos de los blancos en América?

— Sí, pues los blancos no pueden soportar los rigores del clima y tienen que encargar á los negros de esos trabajos; lo que hay es que no se les obliga á ello y que les pagan como á obreros blancos.

— Me alegro, replicó el joven, de saber que ya no es posible entregarse á ese horrible comercio de comprar y vender hombres.

— No, ya no se puede.... á lo menos abiertamente. Por desgracia todavía hay miserables que hallan modo de seguir practicando la trata y de vender sus negros á gentes que los hacen trabajar sin pagarles. Se les persigue activamente; pero los hay que logran escaparse.



## XXV. — ZIMBO Á BORDO.

Zimbo no había tardado en hacerse á la vida de á bordo. Los primeros días todo había sido para él sorpresa y admiración, y sus sentimientos se manifestaban como de costumbre por grandes carcajadas, que acompañaba con gestos y saltos desordenados.



Zimbo fogonero.

Pero Miguel le hizo comprender que debía prestar algún servicio en cambio de la hospitalidad que recibía, y se esmeró en hacerse útil. Así es que preparaba la pipa del capitán, le llevaba el café y la limonada, y cuidaba sus animales: un *guacamayo* magnífico, y un mono, malicioso como todos los de su especie. El Sr. Dulaure los había comprado en San Luis para llevarlos como regalo á su hija. Desde que los hombres de su color

formaban la tripulación, la alegría ya tan exuberante de Zimbo había aumentado, y de noche, cuando los krúmenes se ponían á bailar sobre cubierta antes de entregarse al sueño, Zimbo se iba con ellos, y reía, gritaba, gesticulaba y brincaba más aún que los otros.

Pero lo que más le gustaba era el *fogón*, esto es, el lugar donde está la caldera de la máquina de vapor. ¿Quizás lo atraía el calor exuberante que allí reinaba, el ruido y el movimiento de la máquina

de vapor, ó bien la compañía del fogonero, joven krumen con quien se entendía á pedir de boca? Nadie, ni siquiera él mismo, habría podido contestar á esta pregunta; pero la verdad es que en ese punto pasaba la mayor parte de su tiempo, mientras Miguel trabajaba en el escritorio del armador.

El negrillo gustaba también mucho de subirse á los aparejos. Cuando el viento era favorable, la *Bella Bordelesa* hacía uso de sus velas para economizar el carbón. Entonces daba gusto ver á Zimbo lanzándose á los mástiles con agilidad y destreza simiescas, procurando hacer y deshacer los nudos más complicados y manifestando ruidosamente su contento.

## XXVI. — ACHANTÍS Y DAHOMEYANOS. — UTILIDAD DE LAS COLONIAS.

— ¿De quién es esta región? preguntó Miguel un día después de haber doblado el *Cabo de las Palmas* y señalando á la tierra de Guinea, que muy de cerca iban costeano.

— Lo interior del país está ocupado por negros: *Fantis*, *Achantes* y *Dahomeyanos*; los europeos, portugueses, ingleses, holandeses, franceses y alemanes poseen numerosas *factorías* ó *colonias* en el litoral.

Los primeros que visitaron estas costas fueron unos marinos franceses.

Desde la época de los primeros Valois, en 1365, es decir, mucho tiempo antes de que los ingleses sospecharan su existencia, y aun antes de que los portugueses descubrieran el *Cabo verde*, unos pequeños bajeles de Dieppe, tripulados por valerosos marinos normandos, venían á cambiar sus pacotillas, compuestas de cuentas de vidrio de distintos colores, de clavos, agujas y otros objetos de escaso valor,



por polvo de oro, marfil y malagueta. Hoy Francia no posee en esta costa sino establecimientos de secundaria importancia.

**Malagueta.** — Semilla parecida á la pimienta usada en la cocina y que en otro tiempo se consumía en gran cantidad. Abunda en las costas de Guinea, uno de cuyos puntos recibió por este motivo el nombre de *Costa de la Pimienta*.

— Á veces me pregunto, dijo Miguel, por qué no dejan á cada cual tranquilo en sus país, sin ir á molestarlos estableciéndose en su territorio.



Guacamayo.

— Primeramente, como estas regiones producen cosas que no se dan en las nuestras, tenemos que venir á comprárselas cuando las necesitamos. De ahí el establecimiento de factorías de comercio, á donde los naturales llevan esos artículos, y donde nosotros vamos á comprarlos. Á veces se niegan sin embargo á cambiarlos por los que se les dan, y entonces hay

que obligarlos por la fuerza.

— ¿ Pero no son libres de impedir que los extranjeros penetren en su país?

— Esto es discutible. Tú sabes que no es posible prescindir de sal en la alimentación, y que ese condimento es absolutamente necesario para que se pueda digerir. Pues bien, suponte que toda la sal existente en la tierra se encuentre en un solo país. ¿ Te parece que sus habitantes tendrían derecho para negarse á ceder la sal sobrante por un valor equivalente, y

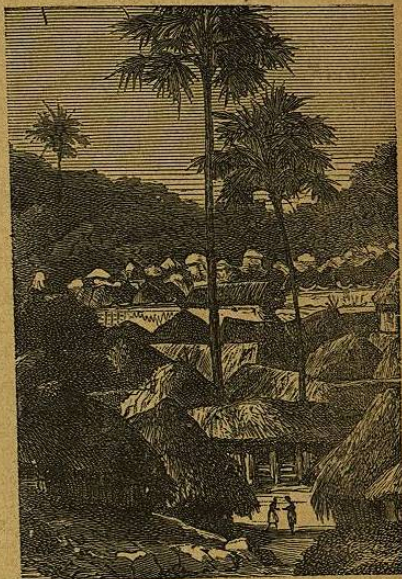
crees justo que nos resignásemos á enfermar, comiendo nuestros alimentos sin sal, porque se les antojara no vendérsela? ¿ No te parece, al contrario, que los productos del globo deben ser repartidos entre todos sus habitantes y que el Creador del mundo lo entendió así?

— No había pensado en esto.

— Reflexionando ó sin reflexionar, lo cierto es que en 1873, los *Achantís* quisieron arrojar á los ingleses de sus factorías de la Guinea. Pero fueron vencidos, y los ingleses pegaron fuego á su capital, *Cumasi*, destruyéndola enteramente.

— ¡ Pobres gentes!

— No te compadecerás tanto de ellos cuando sepas que si acaso existe en el mundo un pueblo más cruel que éste y que con más facilidad derrame la sangre humana, es únicamente el de Dahomey, su vecino. Ni el rey de los *Achantís* ni el otro pueden celebrar una fiesta, un aniversario cualquiera sin mandar que les corten la cabeza á algunos individuos, en ocasiones á cientos y miles de ellos. Cuando el soberano muere, degüellan sobre su tumba á todos sus esclavos. Ciertas ceremonias públicas,



cumasi.



como la fiesta de los *ñames*, están caracterizadas por grandes matanzas. Se imaginan que de no hacerlo así sería mala la cosecha; pues ambos pueblos, á más de crueles, son muy supersticiosos; creen en *grigís* ó *fetiches*, es decir, en objetos que pueden dar suerte ó quitarla.

Cuando el rey de Dahomey necesita dinero, ordena un embargo general é inmediatamente tiene que llevarle todo el mundo cuanto posee. Si se declara una guerra, sus vasallos están obligados á seguirlo. Durante la batalla, el rey permanece á retaguardia de su ejército, rodeado por sus guardias, que tienen encargo de perseguir y matar á los que huyen.



Ñame.

— Vaya una cosa para que la haga un rey.

— ¿Sabes por qué se apoderó Francia de Argel?

— Sí, para destruir los piratas que infestaban el Mediterráneo, saqueaban las ciudades del litoral, atacaban los barcos y reducían sus tripulaciones y pasajeros á la esclavitud. Carlos V, Luis XIV, los ingleses y los holandeses habían tratado de hacer esto, pero no lo lograron.

— Pues bien ¿crees tú que si se librara al África de los bandidos que aun quedan en ella, como los tuaregs, ó que si se obligara á los Achantís, Dahomeyanos y demás pueblos que se les parecen á abandonar sus bárbaras costumbres no se prestaría inmenso servicio á la humanidad?

— En efecto.

— Pues bien, tal cosa no podrá lograrse sino fundando colonias en esos países, y entablando con ellos continuas relaciones mercantiles.

Ñame. — Planta que se da en las regiones tropicales. Los rizomas ó tubérculos del ñame tienen en ocasiones un metro

de longitud. Su fécula cocida tiene el sabor de las mejores patatas y constituye un alimento sano y sustancioso. Los negros de Africa se alimentan con él; cultivanlo en grande en China y en el Archipiélago Indico.

## XXVII. — UNA ILUMINACIÓN.

Durante el día el calor era sofocante; pero de noche reinaba fresco delicioso; así es que Miguel pasaba parte de ellas sobre cubierta.

Una tarde, el sol se puso en un horizonte de púrpura y oro, dando al mar tonos de suntuosa é infinita variedad; y la noche fué llegando poco á poco, cuando de pronto se extendieron por la superficie de las aguas unos resplandores, pálidos al principio, pero muy brillantes luego. Miguel creyó de pronto que era juguete de una ilusión de óptica; se frotó los ojos, pero los reflejos aumentaban en vez de disminuir. La hélice del buque parecía sacar de las olas llamaradas rojas y azules y en la superficie del elemento, retozaban miriadas de chispas. Á veces se desvanecía todo por un momento, para empezar de nuevo otra vez.

Miguel permanecía con la boca abierta ante aquel espectáculo encantador, sin poder decir una palabra, mudo de admiración y, hasta cierto punto, de inquietud, que moderaba no obstante la tranquilidad con que el Sr. Dulaure lo contemplaba.

— ¿Qué es esto? preguntó por fin al negociante, que reía para sus adentros de la estupefacción del joven.

— El mar está hoy fosforescente, contestó Dulaure, y así la verás casi todo el tiempo que permanezcamos en las costas de Guinea, donde es muy común este fenómeno.

— ¿No hay peligro de...?

— ¿De que se pegue fuego al barco? exclamó riendo el armador.